

## En primavera

---

Al llegar el buen tiempo, la tierra parece despertar y reverdece. Entonces, cuando el perfumado calor del aire nos acaricia la piel, penetra en el pecho y parece llegar al mismo corazón, sentimos deseos vagos de dichas no definidas, ganas de correr, de vagar al azar, de correr aventuras, de saciarse del hálito de la primavera.

Como el invierno anterior fuera muy riguroso, al llegar el mes de mayo sentí como una verdadera embriaguez, un empuje irresistible de la sangre.

Una mañana, al despertar, ví desde mi ventana, por encima de los tejados vecinos, la inmensa extensión azul del cielo, inflamado por el sol. Los canarios cantaban á más y mejor dentro de sus jaulas; las muchachas de servicio entonaban alegres can-

ciones, rumor bullicioso subía de la calle y yo salté regocijado y feliz, sin saber á dónde iba.

Los transeuntes sonreían; un soplo de dicha se cernía por doquiera en alas de la primavera que por fin había vuelto. Dijérase que sobre la ciudad flotaba una brisa de amor, y las mujeres que cruzaban por mi camino, vestidas de claro, parecían guardar en los ojos una ternura oculta y en el airoso continente una gracia nueva que me enloquecía.

Sin saber cómo ni por qué llegué á orillas del Sena. Los vaporcitos corrían hacia Suresnes y de pronto sentí ansia inmoderada de hallarme en pleno campo.

La cubierta de la *Mosca* (1) estaba cuajada de pasajeros, pues el sol de primavera os arranca á pesar vuestro de la ciudad y todo el mundo va y viene y se agita y habla con los vecinos.

Tenía por vecina una linda obrera sin duda, graciosa, con una carita blanca bajo una cabellera rubia y rizada que parecía luminosa, que encuadraba las orejas, bajaba hasta la nuca y se convertía después en una pelusilla tan fina, tan ligera, tan rubia que apenas se veía; pero que inspiraba un irresistible deseo de besarla una y otra vez.

(1) *Monches* ó *Hirondelles* así se llaman los vaporcitos que navegan por el Sena.

Al sentir la insistencia de mi mirada volvió la cabeza hacia mí; luego bajó bruscamente la vista, en tanto que un ligero pliegue, como el que produce la risa que va á estallar, fruncía la boca, haciendo aparecer en sus comisuras aquella pelusa aterciopelada y fina que doraba el sol.

La corriente, tranquila, se ensanchaba. Una quietud tibia se cernía en la atmósfera y un murmullo de vida parecía llenar el espacio. Mi vecina levantó la vista, y al ver que continuaba mirándola, sonrió. Estaba encantadora de aquel modo, y en su mirada errante leí mil cosas, mil cosas que ignoraba hasta entonces. Advertí profundidades desconocidas, todos los encantos que engendra la ternura, toda la poesía que soñamos, toda la dicha que buscamos de continuo. Sentía un deseo insensato de estrecharla entre mis brazos y llevármela á un lugar apartado para murmurar á su oído la suave música del amor.

Iba á dirigirme á ella, y casi abría ya la boca para hacerlo, cuando alguien me tocó en el hombro. Me volví sorprendido y ví un hombre de mediana edad, de vulgar aspecto, que me miraba con tristeza.

—Quisiera hablarle—dijo.

Hice un visaje, que vió sin duda, pues añadió:

—Se trata de algo importante.

Me levanté y le seguí al otro extremo del buque.  
—Caballero—prosiguió,—cuando llega el invierno acompañado de su cortejo de frío, lluvias y nieve, no falta nunca un médico que le diga: «Procure usted tener los pies calientes, evite los enfriamientos, los resfriados, las bronquitis, las pleuresías.» Entonces adopta usted mil precauciones, lleva camisetas de franela, gabanes de abrigo, gruesas botas; lo cual no siempre le evita pasarse un par de meses en la cama. Pero cuando vuelve la primavera con sus hojas y sus flores, sus tibias brisas que despiertan la molicie, con sus perfumes campestres que producen vaga turbación, enternecimientos sin causa, no hay nadie que le diga: «Caballero, guárdese usted del amor que le acecha dondequiera; tiene preparadas mil celadas, aguzadas sus armas, dispuestas todas sus perfidias. ¡Guárdese del amor!... ¡Guárdese del amor! ¡Es más peligroso que el constipado, la bronquitis y la pleuresía! No perdona nunca y hace cometer á todos irreparables tonterías.» Sí, caballero, crea usted que todos los años el gobierno debiera hacer poner grandes anuncios concebidos así: «*Vuelve la primavera; ojo con el amor, franceses,*» tal como se pone en las puertas de las casas: «Cuidado con

la pintura.» Y puesto que el gobierno se olvida de hacerlo, yo me substituyo á él y le digo: «Cuidado con el amor; está á punto de pillarle, y me incumbe el deber de prevenirle, como se previene en Rusia al transeunte á quien se le hiela la nariz.»

Quedé asombrado mirando á aquel ente raro. Al fin, con expresión digna, contesté:

—De todos modos, caballero, pareceme que se mezcla usted en lo que no le importa.

Hizo un ademán brusco, y contestó:

—¡Ah, caballero! Si veo que un nadador va á perecer en un sitio peligroso, ¿debo dejarle morir? Oiga usted lo que á mí me ocurrió, y comprenderá por qué le hablo así.

«Era el año pasado por esta misma época. Debo advertirle antes, caballero, que soy empleado en el ministerio de Marina, donde nuestros jefes, los comisarios, toman en serio sus galones de oficinistas para tratarnos como á marineros.—¡Ah, si todos los jefes fueran civiles! Pero dejemos eso.—Desde mi ventana veía yo un cacho de cielo azul que cruzaban las golondrinas, y sentía ganas de bailar sobre los mamotretos y legajos.

»Mi deseo de libertad creció de tal modo que, á pesar de la repugnancia que me inspiraba, fui á ver

al jefe. Era un tío atrabiliario. Me fingí enfermo. Me miró á la cara y dijo: «No creo en su enfermedad; pero váyase. ¿Cree usted que una oficina puede marchar bien con empleados de su jaez?»

»Me largué; fui hacia el Sena. Tomé la *Mosca* para darme una vuelta hasta Saint-Cloud.

»¡Ah, caballero! Mi jefe debiera haberme negado el permiso.

»Parecióme que renacía al influjo de los rayos del sol. Todo me gustaba, el río, los buques, los árboles, las casas, mis vecinos, todo. Sentía ganas de besar, de estrechar; era el amor que preparaba su trampa.

»De pronto, en la parada del Trocadero, subió una muchacha que llevaba un paquetito y se sentó frente mí.

»Era linda, sí, caballero; pero es indudable que las mujeres parecen más bonitas cuando empieza la primavera; son más apetecibles, más encantadoras, tienen algo particular que atrae y enamora. Son como el vino que se bebe después de comer queso.

»Yo la miraba y ella me miraba también; pero sólo de cuando en cuando, como la que hace un momento contemplaba usted. A fuerza de mirarnos me pareció que ya nos conocíamos lo suficiente

para hablarnos y entablé conversación. Me contestó. Era decididamente muy linda. Me enloquecía, caballero, me enloquecía.

»Bajó en Saint-Cloud y yo la seguí. Iba á llevar un encargo. Al volver, acababa de marcharse el vapor. Eché á andar á su lado y el suave calor de la atmósfera nos arrancaba suspiros á los dos.

»—¡Qué bien se debe estar en el bosque!—dije.

»—Sí—contestó.

»—¿Quiere usted que vayamos, señorita?»

»Me miró al soslayo con rápida ojeada, como para apreciarme en mi justo valor, y después de vacilar un momento, aceptó. Henos ya, uno al lado del otro, entre los árboles. Bajo el follaje aun poco espeso, la hierba, alta, fuerte, de un verde brillante, como barnizada, aparecía iluminada por el sol y llena de insectos que se entregaban al amor. Por todas partes gorjeaban los pájaros. Mi compañera echó á correr, embriagada por los esfluvios campesinos, por la pureza del aire. Y corría, saltando como ella. ¡Cuán tonto se es á veces, caballero!

»Luego cantó á voz en cuello mil cosas, trozos de ópera, de zarzuela, la canción de Musette. ¡La canción de Musette! ¡Cuán poética me pareció entonces!... Poco me faltaba para llorar. Todas esas

tonterías son las que nos trastornan los sesos; créame usted, no elija nunca una mujer que cante en el campo, sobre todo si canta la canción de Musette.

»Pronto se cansó y tomó asiento en un talud cubierto de musgo. Yo me senté á sus pies y le cogí las manos, extasiándome ante los puntitos negros que tenía en los pulpejos de los dedos. Me decía: «He aquí las santas huellas del trabajo.» ¡Ah, caballero! ¿Sabe usted lo que significan las sagradas huellas del trabajo? Significan todos los chismes del taller, las frases atrevidas que se murmuran al oído, la inteligencia manchada por las cochinas que se escuchan, la castidad perdida, todos los resabios de las costumbres cotidianas, toda la estrechez de ideas de las mujeres vulgares, que han arraigado y reinan como soberanas en la mente de aquellas que llevan en la punta de los dedos las santas huellas del trabajo.

»Luego nos miramos largo rato mutuamente.

»¡Cuán avasalladora es la mirada de la mujer! ¡Cómo turba, invade, posee y domina! ¡Cuán llena de promesas parece, de inmensidad! A eso se llama mirarse al alma. ¡Valiente broma! Crea usted que se sería más prudente si se leía en las almas.

»Sentíame dominado, loco. Quise estrecharla entre mis brazos. Ella exclamó:

»—¡Cepos quedos!

»Entonces me arrodillé junto á ella y le abrí mi corazón, vertí en su regazo todas las ternuras que me ahogaban. Pareció admirada de mi cambio de maneras, y me dirigió una mirada oblicua como queriendo decir:

»—Me parece que voy á pescarte, muchacho; ya veremos.

»En amor, caballero, siempre somos unos cándidos y las mujeres astutas comerciantes.

»Hubiese podido poseerla sin duda; comprendí luego mi tontería; pero yo no buscaba un cuerpo, sino ternura, ideal. Me entretuve en sentimentalismos en vez de aprovechar el tiempo.

»Cuando estuvo harta de mis declaraciones se levantó y volvimos á Saint-Cloud. No la dejé hasta París. Tenía un aspecto tan triste, que la interrogué.

»—Pienso—dijo—que hay pocos días como éste en la vida.

»Mi corazón parecía querer saltárseme del pecho.

»Volví á verla el domingo siguiente y el otro y todos los domingos. La llevé á Bougival, Saint-Germain, Maissons-Laffite, Poissy, á todos esos sitios donde se desarrollan los amores de arrabal.

»La picaruela fingía maravillosamente las ansias de una pasión.

»Perdí del todo la cabeza, y á los tres meses me casé.

»¿Qué quiere usted, caballero? Vive uno aislado, sin consejos, sometido al régimen embrutecedor de una oficina. Piensa uno que la vida sería más feliz al lado de una mujer, y se consume la tontería.

»Entonces le injuria desde la mañana á la noche, no comprende nada, nada sabe, charla por los corredos, canta á grito pelado la canción de Musette (que pejiquera es la tal cancioncilla), se pelea con el carbonero, cuenta á la portera las intimidades de su casa, confía á la criada del vecino los secretos de la alcoba, murmura de su marido en las tiendas, y tiene la cabeza henchida de historias tan estúpidas, de creencias tan idiotas, de opiniones tan grotescas, de prejuicios tan raros, que lloro de descorazonamiento, caballero, cada vez que hablo con ella.»

Calló, cansado y muy conmovido. Yo le miraba, sintiendo piedad por aquel pobre cándido, é iba á contestarle algo cuando el buque se detuvo. Estábamos en Saint-Cloud.

La muchacha que me gustara se levantó para bajar. Pasó junto á mí lanzándome una mirada y

una sonrisa furtivas, una de esas sonrisas que enloquecen, luego saltó al desembarcadero.

Me precipité para seguirla, pero mi vecino me cogió por la manga. Me solté con brusco movimiento, mas él, agarrándome los faldones de la levita, tiraba hacia atrás gritando:

—No irá usted, no irá usted.

Se oyeron varias carcajadas y permanecí inmóvil, furioso, pero sin atreverme á arrostrar el ridículo y el escándalo.

El buque emprendió de nuevo su marcha.

La muchachita permanecía en el desembarcadero mirando con despecho como me alejaba, mientras mi perseguidor me murmuraba al oído frotándose las manos:

—Buen servicio le he prestado á usted, no lo dude.

## Las ideas del coronel

---

—A fe mía,—dijo el coronel Laporte,—que soy viejo, padezco de gota, tengo las piernas en varadas como un poste, pero creo que si una mujer, una mujer linda, me mandaba pasar por el ojo de una aguja, lo haría, saltando como un clown por el aro. Hasta que muera seré así; está en la sangre. Soy un viejo enamorado, un hombre del tiempo viejo. La vista de una mujer bonita me trastorna. No lo puedo remediar.

Casi todos somos así en Francia, señores. Continuamos siendo caballeros, los caballeros del amor y del azar, ya que han suprimido á Dios, del cual éramos los guardias de corps.

Pero la mujer no podrán suprimirla de nuestros

corazones. En ellos está y en ellos permanece. La amamos, la amaremos y por ella cometeremos mil locuras mientras haya una Francia en el mapa de Europa. Y aun cuando desapareciese Francia, siempre quedarían franceses.

Yo, ante los ojos de una mujer, de una mujer linda, me siento capaz de todo. Cuando siento su mirada, su mirada endiablada que os pone fuego en las venas, siento ganas de cualquier cosa, de batirme, de luchar, de romper los muebles, de demostrar que soy el más fuerte, el más valiente, el más atrevido y el más adicto de los hombres.

Y no creáis que soy una excepción; no, todo el ejército francés es como yo, os lo juro. Desde el recluta al general, todos vamos hasta el fin cuando se trata de una mujer, de una mujer bonita. Recordad lo que nos hizo hacer Juana d' Arc. Mirad, apuesto cualquier cosa que, si una mujer bonita hubiese tomado el mando del ejército cuando MacMahon fué herido en Sedán, hubiéramos roto las líneas prusianas y bebido un trago sobre sus cañones.

No necesitaba París de Trochú sino de una santa Genoveva.

Recuerdo, precisamente, una anécdota de la gue-

rra que prueba de lo que somos capaces cuando hay de por medio una mujer.

Era entonces capitán, simple capitán, y mandaba un destacamento de exploradores que se retiraba por los caminos y atajos de una comarca invadida ya por el enemigo. Estábamos casi rodeados, medio muertos de hambre y fatiga.

Nos era necesario, sin embargo, llegar al día siguiente á Bar-nos-Tain; de lo contrario estábamos perdidos. Aun no sé cómo habíamos podido escaparnos hasta entonces. Teníamos que andar doce leguas durante la noche, doce leguas pisando nieve, y con el buche vacío. Yo pensaba: «Esta no la contamos; es imposible que mis pobres soldados resistan.»

No habíamos comido ni un bocado durante el día, que pasamos ocultos en una granja abandonada, apretados unos contra otros para tener menos frío, sin valor para movernos ni para hablar, durmiendo de cuando en cuando, con el sueño pesado que produce el cansancio.

A las cinco era ya de noche. Algo se veía gracias al reflejo de la nieve. Desperté á mis hombres. Muchos no querían levantarse, pues se sentían incapaces de tenerse en pie, doloridos por el frío y el hambre.



Ante nosotros se extendía la llanura, una gran llanura pelada, cubierta de nieve. Esta caía á grandes copos, lenta, blanda, abrumadora, ocultando todo bajo su helado manto. Parecía aquello el fin del mundo.

—Andando, muchachos.

Miraban aquel polvo blanco, glacial, la llanura extensa y desierta y parecían pensar:

—Basta ya; tanto vale morir aquí.

Entonces saqué mi revólver:

—Al que no siga, le mato.

Y todos nos pusimos en marcha con paso lento como el de los viejos.

Envié á cuatro de descubierta á trescientos metros adelante y los demás les seguían como podían. A los más robustos les puse á retaguardia, con orden de acelerar la marcha de los rezagados, pinchándoles con la bayoneta.

La nieve parecía tragarnos vivos; cubría los kerpis y capotes y nos convertía en fantasmas, en espectros de soldados muertos de fatiga.

Yo pensaba: «A menos de un milagro, no nos salvamos.»

A veces nos deteníamos un minuto á causa de los rezagados. Entonces sólo se percibía el ruido casi

insensible de los copos de nieve que rozan unos con otros.

Algunos soldados se sacudían la nieve; otros permanecían inmóviles.

Luego daba de nuevo la orden de marcha. Los fusiles subían al hombro y emprendíamos el camino con paso extenuado.

De pronto los que iban de descubierta se replegaron. Habían oído hablar cerca de ellos. Envié seis hombres y un sargento y esperé.

Oímos de súbito un grito agudo, un grito de mujer que atravesó el silencio, y al cabo de cinco minutos me trajeron dos prisioneros, un viejo y una muchacha.

Los interrogué en voz baja. Huían ante los prusianos que habían invadido su casa al anoecer y que estaban borrachos. El padre temía por su hija y sin avisar siquiera á sus criados, habían escapado.

Ví en seguida que eran personas bien educadas y de la clase media.

—Nos acompañarán ustedes—dije.

Emprendimos de nuevo la marcha. El viejo conocía el país y nos sirvió de guía. Cesó de nevar. Salieron las estrellas y aumentó el frío.

La joven, que se apoyaba en el brazo de su pa-

dre, andaba con paso desigual y cansado. Muchas veces murmuró: «Los pies me duelen.» Y yo padecía tanto como ella al ver que tenía que arrastrarse de aquel modo por la nieve.

De pronto se detuvo y dijo:

—Padre, estoy tan cansada que me es imposible andar más.

El viejo intentó llevarla á cuestas; pero no podía levantarla siquiera y la pobre se dejó caer en la nieve lanzando un gran suspiro.

Se formaba círculo en torno suyo. Por mi parte no sabía qué hacer, pues no podía resolverme á abandonar de aquel modo al viejo y á la muchacha.

Cuando menos lo esperaba, uno de mis soldados, un parisién á quien sus compañeros habían dado el apodo de *Práctico*, exclamó:

—¡Ea, camaradas, hay que llevar á esta señorita, ó bien no somos franceses, voto al diablo!

Sentí una verdadera alegría.

—Muy bien, muchachos—dije;—muy bien; yo también tomaré parte en la conducción.

A la izquierda se distinguía vagamente un grupo de árboles. Algunos hombres fueron allí y volvieron al cabo de poco rato con unas ramas atadas en forma de parihuela.

—¿Quién presta el capote?—gritó el parisién;—servirá para una linda joven.

Diez capotes cayeron junto al soldado y en un momento la joven quedó tendida sobre los abrigos, cubierta con ellos y seis brazos robustos levantaron las angarillas en alto. Yo me había colocado en primera fila, á la derecha, soportando con gusto mi carga.

Marchamos como si hubiésemos bebido un trago, con más vigor y prisa. Hasta oí algunas bromas. Basta ver una mujer, créalo usted, para que los franceses se electricen.

Los soldados marchaban casi en correcta formación, reanimados, alegres. Un viejo franco-tirador que seguía las angarillas esperando tomar el puesto del primer camarada que flaqueara, dijo á su vecino y lo oí yo:

—Ya no soy joven; pues bien, puedes creerme, la vista de esa joven me ha reanimado.

Anduvimos casi sin descanso hasta las tres de la madrugada. Luego, de pronto, la descubierta se replegó de nuevo y pronto todo el destacamento, tendido en la nieve, no formaba más que una mancha oscura.

Dí órdenes en voz baja y ví detrás de mí el ruido de los gatillos que se levantaban.

Porque en el centro de la llanura algo raro se movía. Hubiérase dicho un animal enorme que corría, se alargaba como una serpiente ó formaba un grupo, tomaba impulso á veces, á la derecha ó á la izquierda, corría un momento, se detenía y vuelta á empezar.

De repente aquella forma errante se aproximó y vi venir, al trote largo, en fila, doce hulanos perdidos que buscaban el camino.

Estaban tan cerca que oía perfectamente el resoplar de los caballos, el ruido de herrajes de las armas, el crujido de las sillas.

—¡Fuego! grité.

Cincuenta detonaciones rompieron el silencio de la noche, luego otra aislada; y cuando se hubo disipado el humo se vió que los doce hombres y nueve caballos habían caído. Tres caballos huían á escape, arrastrando uno, enganchado en el estribo, el cadáver de su jinete.

Un soldado, detrás de mí, reía con risa tremenda. Otro dijo:

—Así habrá viudas.

Quizá estaba casado. Otro añadió:

—La operación ha sido rápida.

La joven asomó la cabeza y preguntó:

—¿Qué ocurre? ¿Hay combate?

Yo contesté:

—No es nada, señorita; acabamos de despachar una docena de prusianos.

Ella murmuró:

—¡Pobre gente!

Pero como hacía frío, se escondió rápidamente.

Marchamos otra vez. Caminamos muchas horas. Por fin el cielo palideció. La nieve aparecía clara, luminosa, reluciente y en oriente aparecía una claridad rosada.

Una voz lejana gritó:

—¿Quién vive?

Todo el destacamento hizo alto; y me adelanté para hacernos reconocer.

Llegábamos á las líneas francesas.

Mientras los soldados desfilaban ante la guardia, un comandante á caballo, á quien acababa de contar lo que nos ocurrió con los hulanos, gritó en voz sonora, viendo pasar las angarillas:

—¿Qué traen ustedes ahí dentro?

Surgió como por encanto una carita rubia, despeinada y sonriente que dijo:

—Soy yo, caballero.

Los soldados se echaron á reír y los corazones se alegraron.

Entonces Práctico, que iba junto á las angarillas, agitó el kepis vociferando: «¡Viva Francia!»

No sé por qué me sentí conmovido por aquella espontánea galantería.

Me parecía que acabábamos de salvar el país, de hacer algo que otros hombres no hubieran hecho, algo sencillo y verdaderamente patriótico.

Crean ustedes que no olvidaré nunca aquella carita; y si debiese dictaminar acerca de la supresión de cornetas y tambores, propondría que se sustituyeran en los regimientos por una muchacha bonita. Creo que produciría más efecto que tocar la Marselesá. Se me antoja que daría gran animación á los soldados ver junto á ellos, al lado del coronel, una Madona en carne y huesos.

Calló algunos minutos y luego repuso con acento firme y convencido:

—La verdad es que á los franceses nos gustan mucho las mujeres, señores.

FIN



## ÍNDICE

	<u>Páginas</u>
Berta . . . . .	7
Yvette.. . . .	25
Paseo. . . . .	155
Mohammed-Perdis . . . . .	169
En primavera. . . . .	185
Las ideas del coronel . . . . .	197

